

# **Confiar en las promesas de Dios: Alumno (8/12)**

Dr. Justo L. González



Génesis 18:9-15; 21:1-7  
*Lecciones Cristianas*  
21 de octubre de 2018

## Confiar en las promesas de Dios (alumno)

(8 de 12)

**Texto impreso:** Génesis 18:9-15; 21:1-7 (RVR 1960)

### *Génesis 18:9-15*

9 Y le dijeron: ¿Dónde está Sara tu mujer? Y él respondió: Aquí en la tienda. 10 Entonces dijo: De cierto volveré a ti; y según el tiempo de la vida, he aquí que Sara tu mujer tendrá un hijo. Y Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. 11 Y Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada; y a Sara le había cesado ya la costumbre de las mujeres. 12 Se rio, pues, Sara entre sí, diciendo: ¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo? 13 Entonces Jehová dijo a Abraham: ¿Por qué se ha reído Sara diciendo: Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja? 14 ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a ti, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo. 15 Entonces Sara negó, diciendo: No me reí; porque tuvo miedo. Y él dijo: No es así, sino que te has reído.

### *Génesis 21:1-7*

1 Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como había hablado. 2 Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el tiempo que Dios le había dicho. 3 Y llamó Abraham el nombre de su hijo que le nació, que le dio a luz Sara, Isaac. 4 Y circuncidó Abraham a su hijo Isaac de ocho días, como Dios le había mandado. 5 Y era Abraham de cien años cuando nació Isaac su hijo. 6 Entonces dijo Sara: Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oyere, se reirá conmigo. 7 Y añadió: ¿Quién dijera a Abraham que Sara habría de dar de mamar a hijos? Pues le he dado un hijo en su vejez.

## **Propósito de la lección**

Continuamos con la historia de Israel, y en particular con la de Abraham y Sara. Aunque aquí solamente le dedicaremos dos lecciones, Abraham y Sara son los dos personajes de que más se ocupa el libro de Génesis. Parte de la importancia de Abraham se debe a su obediencia, que vimos en la lección pasada. Pero Abraham y Sara son particularmente importantes porque son el comienzo del nuevo pueblo que Dios se propone crear.

Al estudiar esta lección nuestro propósito será mostrar cómo Dios cumple sus promesas, a veces de la manera más inesperada, y también a veces cuando la esperanza empieza a flaquear.

### **Examen de la Escritura**

Posiblemente al leer el pasaje para hoy nos llame la atención el hecho de que en el pasaje de la semana pasada hablábamos de Abram y Sarai, mientras el texto de hoy se refiere a Abraham y Sara. Esto es porque antes de este pasaje, en el capítulo 17, Dios les cambió el nombre a los dos. No se trata exactamente de un cambio de nombre, sino de una variante del mismo nombre – como cuando en nuestra lengua llamamos a la misma persona “Pepe”, “Cheo” y “Chepe”, y su verdadero nombre es “José”. El antiguo nombre de Abram le exaltaba como padre, y la variante que ahora viene a ser su nombre le llama “padre de multitudes”. Y el nombre de Sara, que antes era más bien “princesa”, ahora es “reina”.

Para entender el pasaje que estamos estudiando, debemos saber algo de lo que se dice al principio del capítulo. Abraham estaba sentado a la puerta de la tienda a la hora más calurosa del día, aparentemente buscando sombra y fresco, cuando se le apareció Jehová. El texto resulta algo confuso, pues nos dice que lo que Abrahán vio fueron tres hombres. Abraham se dirige a ellos y les invita a reposar con él y gozar de su hospitalidad. Entonces, muy a la carrera, le da instrucciones a Sara para que prepare algo de comer. (Alguien ha comentado que las instrucciones de Abraham son tan detalladas que Abraham prácticamente le da la receta a Sara, ¡como si ella nunca hubieran preparado pan!) De allí va Abraham a buscar a un siervo y le

ordena que haga matar un becerro para darles de comer a los huéspedes inesperados. El texto no nos dice cuánto tiempo tomaron tales preparaciones, pero es de suponerse que serían al menos unas horas. Tampoco se nos dice mucho acerca de la conversación entre Abraham y sus huéspedes mientras se preparaba la comida.

Es después de todo esto que llegamos al texto impreso, que no entenderíamos sin saber que son esos tres huéspedes quienes le preguntan Abraham “¿Dónde está tu mujer?” Cuando Abraham responde que está dentro de la tienda, uno de ellos – aparentemente el líder de los tres – le promete a Abraham que volverá a visitarle en el plazo de un año, y ya para esa fecha Sara tendrá un hijo.

Sara, quien está la puerta de la tienda, oye lo que el huésped le promete a Abraham y se ríe “para sus adentros” – es decir, se ríe en secreto. Pero el huésped sabe que se rió. Sin que el texto nos lo diga, el hecho de que el huésped supiera lo que estaba pensando Sara es índice de que no se trata de un visitante cualquiera.

El pasaje salta entonces al capítulo 21. (Entre la primera parte del pasaje impreso y la segunda tienen lugar varios acontecimientos en los cuales hay tensión entre Abraham y Lot. Y sobre todo tiene lugar la destrucción de Sodoma y Gomorra.)

Ahora, en el capítulo 21, se cumple lo que el huésped desconocido le prometió a Abraham. El niño que nace, circuncidado al octavo día como todos los varones de la casa de Abraham, recibe el nombre de “Isaac”, que quiere decir “risa”, “alegría” o “deleite”. Antes, Sara se había reído al escuchar la promesa de que, cuando ya era incapaz de concebir, tendría un hijo. El nombre que ese hijo recibe apunta a aquella ocasión pocos meses antes cuando Sara se rió para sus adentros al escuchar tal cosa, y luego negó haberse reído. El nombre mismo es un reconocimiento de que el huésped tenía razón. Por otra parte, ese nombre conlleva también cierto humor. Es el humor de lo inesperado, de lo que en condiciones normales podría considerarse ridículo. La propia Sara lo expresa al decir: “¿Quién le hubiera dicho a Abraham que Sara había de amamantar hijos? Pues le he dado un hijo en su vejez.”

### **Aplicación**

El pasaje que estudiamos bien puede parecernos una historia de tiempos pasados que lo tiene mucho que ver con nuestra situación. Parte de eso es cierto. En aquellos tiempos y en aquella sociedad, se valoraba a la mujer sobre todo por su capacidad de tener hijos, y Sara era estéril. Luego, esa esterilidad parecía ser a la vez un impedimento para el cumplimiento de la promesa hecha a Abraham acerca de su descendencia y un motivo de vergüenza para Sara, quien parecía ser un obstáculo en el camino de lo que Dios había prometido.

Hoy las cosas han cambiado. Hoy no se evalúa a la mujer en términos de su fertilidad; y el no tener hijos, aunque pueda ser motivo de tristeza para algunos matrimonios, ciertamente no es

motivo de vergüenza.

Pero otras cosas no han cambiado tanto. Si leemos toda la historia de Sara vemos que, al tiempo que ella misma sufría por su esterilidad, usó a su sirvienta Agar para de algún modo darle descendencia a Abraham. Pero después que la propia Sara concibió y tuvo a Isaac abusó más de Agar y de su hijo Ismael, al punto que ambos fueron expulsados de la casa de Abraham. Lo mismo sucede hoy en muchos contextos. Frecuentemente alguien hace uso de otra persona mientras le conviene, y cuando las circunstancias cambian ese uso se torna abuso. Por ejemplo, en alguna oficina un supervisor halaga y estimula a un empleado para que desarrolle un proyecto, pero cuando el proyecto está listo ese supervisor lo lleva al jefe como si fuera proyecto suyo, y de ser necesario hasta se deshace del empleado. Los usos y abusos de hoy no son tan diferentes a los de antaño.

Pero hay un elemento en el texto específico que estudiamos hoy que bien vale la pena que meditemos sobre él. Abraham recibió la promesa, y Sara era parte de ella. Llegó el momento en que perdieron la esperanza, y por eso acudieron al uso y abuso de Agar. En otras palabras, perdieron la confianza en el Dios que les había prometido descendencia y buscaron sus propios medios para tener tal descendencia. Como Adán y Eva, quienes se adelantaron a los designios de Dios al olvidar que ya eran como dioses y comer del árbol prohibido, Abraham y Sara quisieron remediar lo que Dios no había hecho. Pero los planes de Dios eran otros.

Esta historia nos muestra que Dios cumple sus promesas. Las cumple porque Dios es fiel. Y las cumple también porque esas promesas son parte de un propósito a largo alcance que no alcanzamos a comprender. Dios se había propuesto darle a Abraham la descendencia que llevaría primero a la creación del pueblo de Israel y luego a la iglesia. La promesa a Abraham era parte de ese propósito de Dios. Sin que Abraham y Sara lo supieran los designios que Dios tenía para ellos iban mucho más lejos que los de tener un hijo.

Algo semejante sucede hoy. Aunque no entendamos cómo, las acciones de Dios en nuestras vidas van mucho más allá, y tienen propósitos mucho más amplios, que cualquier cosa que podamos imaginar. Aunque las promesas de Dios nos benefician personalmente, y podemos confiar en ellas, también tenemos que recordar que son promesas que forman parte de los propósitos de Dios que no alcanzamos a comprender. Dios tiene un designio para la creación y para la humanidad, y parte de ese designio somos nosotros y nosotras. Esto quiere decir que la promesa más grande que Dios nos ha hecho no es sencillamente la satisfacción de algún deseo o sueño que tengamos, sino que es más bien la promesa de que sus designios se cumplirán y que tenemos parte en esos designios.

Pero en el caso de Sara y Abraham vemos también otra dimensión. Es muy fácil perder la esperanza, no confiar ya en lo que Dios ha prometido, y buscar nuestras propias soluciones. Esto puede tener graves consecuencias, como sucedió en el caso de Abraham, Sara, Agar e Ismael. Pero la historia del nacimiento de Isaac nos recuerda que, como dice el visitante que

interpela a Abraham, para Dios nada es imposible. Si lo que esperamos es en realidad promesa de Dios, esa promesa se cumplirá, aun en contra de nuestra propia incredulidad. Al escuchar que quedaría encinta, Sara rió. Bien sabía ella que tal cosa ya no era posible. Pero quien ríe último ríe mejor, y a la postre es Dios quien muestra su poder y hace que Sara ría con él.

Esto nos hace ver el error de pensar que si lo que queríamos y creíamos que Dios nos había prometido no se cumple eso se debe necesariamente a nuestra falta de fe. Muy probablemente se deba más bien a que lo que pensamos que era promesa de Dios no era parte de los designios divinos, sino solamente un deseo o sueño por parte nuestra.

### **Oración**

Señor, Dios de las promesas, ilumina nuestras mentes y llena nuestros corazones, de tal manera que nuestros sueños y deseos reflejen tus designios. Danos también la firme confianza de que tus designios se cumplirán. Y haz que esa confianza sea tal que aun en los momentos más difíciles sepamos que los designios que tú cumplirás son designios de amor. Amén.